

redunda en aumento de su gloria y fama; pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.—¡Ay! dijo Sancho; y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor; ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oído decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cátese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta, que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque, quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga.—Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das, de que me case, es por que sea luego rey, en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que, sin casarme, podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y, en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé, si no á tí?—Eso está claro, respondió Sancho; pero, mire vuestra merced, que la escoja hácia la marina, por que, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.—Dígame, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo, en cuanto el ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea; y avisote, que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.—Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?—¡Oh qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que, en este nuestro estilo de caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos,

sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oído yo predicar que se ha de amar á Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese.—¡Válate el diablo por villano, dijo Don Quijote, y qué de discreciones dices á las veces! ¡no parece sino que has estudiado!—Pues á fe mía, que no sé leer,” respondió Sancho. En esto, les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentequilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque, puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y, abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: “¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.” Reconocióle Don Quijote, y, asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: “Por que vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes, con las riendas de una yegua, un villano, que despues supe que era amo suyo; y, así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que, ciertos descuidos que tenía, nacían mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro; y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes ni dudes en nada; dí lo que pasó á estos señores, por que se vea y considere ser del provecho que digo



haber caballeros andantes por los caminos.—Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.—¡Cómo al revés! replicó Don Quijote; luego ¿no te pagó el villano?—No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero, así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y, á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque, si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas, como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y, como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida.—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber, por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena.—Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada.—Ahora verás si aprovecha,” dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, qué era lo que hacer queria. Él le respondió, que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y, que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. “Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.—No me creo desos juramentos, dijo Andrés; mas quisiera tener agora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.” Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: “Toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.—Pues ¿qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés.—

Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.” Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que, al partirse, dijo á Don Quijote: “¡Por amor de Dios, señor caballero andante! que, si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.” Íbase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.